

CASO “CARMELO”

Este adolescente fue localizado un martes por la mañana, sentado en la banqueta de una calle en una colonia semi urbanizada en la Ciudad de México. Se trata de un jovencito que mostraba una personalidad extrovertida al principio de la entrevista; sin embargo, a lo largo de varias conversaciones con la entrevistadora, fue cobrando confianza y la actitud hostil desapareció. Su madre accedió en dos ocasiones a proporcionar datos. Algunos de sus compañeros, en medio de la sorpresa y con tono de burla, también dieron información. Debido a que habían transcurrido cuatro años desde la última vez que frecuentó su primera escuela, no fue posible entrevistar directamente a sus ex maestros, lo cuales se habían marchado; sin embargo, el personal docente y directivo de la escuela a la que asistió la segunda ocasión accedió a contestar diferentes preguntas.

En el caso de Carmelo se refleja la importancia del medio socioeconómico y familiar que lo rodea, sus condiciones personales y la influencia de una escuela discriminadora- donde el desfase de edad y su personalidad, diferente respecto de los demás niños, tuvieron suma importancia en la composición del proceso de deserción. A pesar de asistir a dos escuelas, solo permaneció un año en cada una, sin aprobar el primer grado y sin que posteriormente se inscribiera en algún curso de la escuela regular o de otro programa educativo, de tal manera que el cumplir 15 años es definitiva su salida del ciclo de primaria regular.

Antecedentes escolares. Sin preescolar

Trayectoria escolar en la primaria

EDAD	NUM. ESCUELA	GRADO	MOVIMIENTO
9	1*	1º.	Ausentismo, deserción temporal
10	2*	1º.	Ausentismo, expulsión
11	-		Deserción temporal
12	-		Deserción temporal
13	-		Deserción temporal
14	-		Deserción temporal
15*	-		Deserción definitiva

* según la circular 001 de la SEP, el mínimo de edad para la inscripción en la escuela primaria es de 6 años, mientras que el máximo es de 15 años ya no pueden acceder a la escuela primaria. Actualmente dicha consideración esta también reglamentada en el artículo 43 de la Ley General de Educación.

Carmelo

Carmelo es un adolescente de 15 años que mide aproximadamente 1.58 m., su piel tiene un tono moreno cenizo, su cabello es lacio, entrecano, y su complexión, delgada; acostumbra a usar unas botas polvorientas con suelas de hule, un pantalón gris deslavado de tela de gabardina y cualquier playera que cubre con un suéter a rayas anchas, grises y marrones, muy zurcido.

Es introvertido cuando habla de él, de lo que le gusta o le disgusta, de lo que es y le gustaría ser o hacer, pero se muestra extrovertido al dar opiniones sobre temas y situaciones que no involucran en forma directa a su persona. Algunas veces salta de un tema a otro, como si pensara en algún tópico anteriormente conversado o se acordase de algo que considera importante comentar, interrumpiendo el hilo de la conversación.

Medio ambiente y recursos

Carmelo vive con su familia en una colonia del sur oriente de la Ciudad de México ubicada en las faldas del cerro de la loma. El asentamiento urbano en esa zona, se inició en 1966. Las milpas desaparecieron para dar paso a una colonia que carece de la totalidad de servicios públicos. Las calles no están pavimentadas y en la mayoría de las casas no hay agua entubada intradomiciliaria, alumbrado público ni drenaje. Para 1987, se había convertido en una colonia pequeña de nueve manzanas y 522 lotes que ascienden a través del cerro. Desde lo alto de la colonia puede verse la ciudad con su capa de esmog, si bien, todavía en este lugar se respira aire fresco mezclado con olores de animales y plantas. Las casas, en esta parte alta, colindan con sembradíos de alfalfa y maíz.

Los jóvenes suelen ir de cacería al cerro, donde encuentran mapaches, ardillas y conejos, entre otros animales pequeños. Los habitantes de la zona se dedican a la agricultura y a distintas actividades u oficios. Las familias crían gallinas, guajolotes y cerdos. Por otra parte, abundan recursos naturales y artificiales que se pueden aprovechar en diversas actividades. A Carmelo le gusta cazar animales y vender objetos: "(...) otros amigos y yo íbamos a cazar conejos y luego vendíamos la piel; también conseguíamos zapatos o cosas y las vendíamos cerca de la avenida (...) recogíamos cosas del seguro (social), de las que ya no querían y tiraban a la basura y también del cerro. Una pulsera la encontré en un terreno que sirve como basurero y me gustó mucho y no la vendí y allá, arriba del cerro, hay muchas cosas que se venden y así tenemos dinero. Otro amigo me enseñó a raspar la madera y a hacer animalitos que también los vendo".

Familia y amigos

La familia de Carmelo vive en una casa de dos pisos, construida con cemento y cuartos de terminado rústico, por el padre y los hermanos mayores. En ella habitan doce personas: Carmelo, sus seis hermanos, sus padres, dos tíos y una prima pequeña. Los padres de Carmelo, son originarios de Querétaro. Ambos llegaron al Distrito Federal en busca de trabajo, se conocieron y se unieron para formar una familia. Han vivido en esta zona 21 años.

Durante varios años, el padre de Carmelo realizó trabajos agrícolas y posteriormente entró como obrero a una de las fábricas de la colonia Industria Moderna, ubicada en poco más debajo de las faldas del cerro de la loma. Quedó desempleado en uno de los recortes del personal que hubo en 1984 y ahora se dedica a la venta de leche. La madre se emplea en labores casera y lava ropa ajena, además de vender combustibles; a pesar de que el sostén económico de la familia recae principalmente en los hermanos mayores, ella trabaja para no pedir más dinero: “Hay que cambiar porque no alcanza”.

La señora teme que sus hijos mayores se casen, “lo voy a sentir, porque de ellos comemos”. El mayor de los hermanos de Carmelo tiene 26 años, empezó a trabajar desde los 15 para pagarse los estudios, dice la madre; es soltero y tiene una pequeña lechería en una colonia al sur de la Ciudad de México. Terminó segundo de preparatoria y no continuó estudiando porque tuvo que trabajar todo el día para ayudar a la familia. José es el segundo de la lista; tiene 23 años y también es soltero, trabaja en el ejército como chofer y, al igual que Mario, tuvo que abandonar la escuela en el mismo grado por apoyar la economía familiar.

Alberto, el tercero, de 22 años, está casado desde hace tres años y tiene una hija de un año; trabaja como obrero en una de las fábricas de plástico de la colonia Industria Moderna y terminó la primaria. Su madre cuenta que ya no quiso seguir estudiando y prefirió trabajar como obrero. “Con Manuel también pasó lo mismo cuando terminó la primaria... “comenta la madre; él tiene 19 años y es obrero de una fábrica de colchones. Dulce es la hija que sigue (tiene 17 años), la madre señala que ha trabajado algunas veces, pero que no dura mucho, “no sé porque, pero para mí mejor, porque me ayuda en la casa”; la joven solo llegó hasta quinto año y no quiso seguir estudiando.

Alicia, de nueve años, es la más pequeña de los hijos y es la única que asiste a la escuela, al tercer grado de primaria, además de cuidar a su sobrina. También ella tuvo problemas en el plantel escolar ya que su maestro la rechazaba. El profesor le dijo a la madre que la pequeña no iba a

aprender y que por tanto no valía la pena que ella perdiera tiempo y dinero en la niña. Cuando esto sucedió, se encontraban en la colonia unas trabajadoras sociales que ayudaron a la señora a llevar a su hija a un centro de educación especial para niños de lento aprendizaje, en el que, tras una revisión, la inscribieron. Ahí estuvo un año y aprendió a leer y a escribir. Después la enviaron a la primaria donde había estado anteriormente, pero aquí no la querían recibir en el segundo grado, bajo el argumento de que no la conocían. Por fortuna, la señora tenía guardada la boleta del año cursado en esa escuela y reclamó la inscripción de la escuela en el turno matutino. “Mi hija y yo tuvimos suerte, pero Carmelo no, no hubo alguien que me dijera qué hacer y por eso está de vago”.

A Carmelo le gusta estar aislado y tranquilo. Las situaciones violentas le desagradan y prefiere no asistir a lugares o a actividades con amigos a los que les guste pelear. Tampoco convive con los miembros de la banda de su colonia, “Los zetas”, porque “(...) inhalan cemento, y a veces lo desconocen a uno y lo golpean; así prefiero andar, solo los saludo, hay que llevarla bien con ellos”.

Trayectoria escolar

A la edad de nueve años, Carmelo asistió por primera vez a la escuela; esta se encontraba atravesando una avenida cerca a su casa. Cuenta la madre que de niño no acudió antes a la escuela porque ella estaba muy enferma y no podía llevarlo. La mujer padecía mareos y por eso le daba miedo cruzar la calzada. Cierta día una vecina se ofreció a llevarlo al plantel escolar. Al chico le gustaba ir a esa escuela, por “bonita” y porque la maestra “si sabía enseñar...era buena, buena para enseñar”. Sin embargo, cuando la vecina tenía que ir a comprar mercancía, el niño faltaba; finalmente, su madre decidió cambiarlo. Mario, el hermano mayor, señaló que de esa forma el niño iría a una escuela más cercana sin necesidad de acompañante. El niño, entonces, fue enviado al turno vespertino de una escuela ubicada a cuatro calles de su casa, donde sus familiares le brindaban mayor atención a sus calificaciones y a sus necesidades. “A veces, cuando había dinero, sí me daban para la escuela, a veces Mario; otras, mi mamá. También yo conseguía dinero porque luego iba a ayudar a vender cosas... de ahí tenía yo”.

La segunda escuela no le gustaba porque decía que eran “malos para enseñar”. Su profesora se salía a platicar con algunos maestros y tenía preferencias por otros compañeros de salón:

“Nomás nos ponía una paloma y se salía a platicar con el maestro Ricardo y el maestro Leopoldo, mientras mis compañeros gritaban y

jugaban dentro del salón, y cuando regresaba a veces los regañaba y otras no...

Todo era puro relajó. Siempre había ruido en el salón cuando ella regresaba o estaba en lo de la cooperativa y no decía nada. Muchos jugaban y gritaban. En la clase, cuando la maestra escribía en el pizarrón, los demás se levantaban a jugar y se quitaban las cosas. Yo no jugaba en el salón porque ahí se va a aprender... jugaba en la hora del recreo y en la calle... teníamos que estar pendientes de que los maestros no nos vieran jugar luchas, correr o caballazos. Hacíamos concursos para ver quién ganaba. Casi siempre yo y otro amigo ganábamos porque yo era el más grande y corría fuerte como mi amigo.